

á su sencillez, á su sinceridad, á su tristeza bonachona y resignada, que llora y sonríe á un tiempo mismo.

Un libro también muy triste, pero *de otro modo*, con gran amargura é intensa crueldad, es el *Chatterton* de Alfredo de Vigny.

El bohemio del poeta de *Eloa* es, ante todo, un orgulloso. Su primera obra es una imitación de la literatura antigua que, según él cree, dejará espantado al más gran crítico de su época. La opinión de ese crítico que se burla de él aumenta su amargura. El bohemio vende entonces su pluma á varios personajes y escribe, al mismo tiempo, en favor de muchos partidos opuestos, que, naturalmente, acaban por suprimirle toda subvención. Al encontrarse en la miseria, no logrando hacerse adorar de Kitty, por quien él no profesa sino un amor relativo, se suicida, maldiciendo á la humanidad que ha desconocido su genio.

Lo mismo que el héroe de Vigny, el personaje principal de *Las Confesiones de un Bohemio* de Fremy, padece de la terrible enfermedad que se llama orgullo. Es un sabio. Para ganar su vida en Francia, tiene necesidad de dar lecciones de latín y de gramática á cualquier hijo de burgués acomodado. Huyendo de esa situación odiosa, refúgiase en Alemania que, según él cree, es la Jerusalén de los eruditos. No obstante, en Munich, en Berlín, en Heidelberg, en todas las ciudades universitarias del imperio germánico, vese obligado á continuar su vida de lecciones. Al fin se resigna ó, al menos, parece resignarse, convencido de que la humanidad es siempre, y en todas partes, injusta para con los sabios. De

repente, sin creer en el amor, enamórase apasionadamente de una amazona de circo; ella también se enamora de él; pero él es austero y serio, mientras ella es ligera y coqueta. Los celos le envejecen en pocos años y le enferman rápidamente. Va á morir... Pero no quiere morir lejos de su patria y vuelve á París, claudicante y miserable.

La dohemia Dorada de Carlos Hugo es la historia romántica de un hombre rico y de una dama poco menos que millonaria. Ambos son bohemios. La dama necesita hacer creer que tiene un hijo, para que la herencia de su marido no caiga en poder de parientes lejanos. ¿Cómo hacer? El medio más fácil es el aconsejado por los autores de novelas por entregas, y ése es el que la gran dama adopta al robarse la hija de una pobre mujer agonizante. La cuestión de la herencia se arregla; pero la madre de la chica robada no muere, sino que consagra su existencia á buscar á su hija. Al fin la encuentra en las puertas del vicio, y la salva.

Los bohemios de Delveau son los mismos bohemios de Murger; pero ya no se llaman Rodolfos, Marcelos y Collines, sino Privat d'Aglemont, Champfleuri, Murger y Schaune. Además ya no son jóvenes. Han llegado á la celebridad ó á la fortuna; pero antes han perdido la alegría... Y ellas también, las Mimis, las Phemies, las Musettes: las chicas sonrientes, las musas sentimentales, las consoladoras instintivas que llenaban de flores las bohardillas de sus pálidos amantes — también ellas han perdido la frescura y el buen humor. Una se ha casado con el farmacéutico de la esquina; otra se ha marchado á América; la tercera tiene un carruaje y un amante viejo.

En el libro epilogógico de Delveau, no hay pobreza, ni tristezas, ni sonrisas, como en la ligera iliada de Murger... y sin embargo es mucho más cruel que *Las Escenas de la vida en Bohemia*, porque carece de juventud y de sonrisas y de amor — ¡de amor!

Los bohemios de Gui Tomel (los últimos bohemios) no tienen nombre. Son legión. Unos estudian música, otros pintura, otros letras, otros ciencias. Todos viven miserablemente, sin ambición y sin esperanzas, sin entusiasmos y sin locuras, aguardando la ocasión de conseguir un empleo en cualquiera oficina para convertirse en burgueses y comer todos los días. Son los bohemios degenerados. Quien quiera encontrarles veinte años después, que no los busque en la república del arte, ni en los hospitales propicios a los literatos, sino en el mundo de los funcionarios ó en lista de los suicidas.

Nada tan espantoso como esa bohemia sin mecenazas.

Otros libros hay, en los cuales se habla de la bohemia y de los bohemios; pero me parece que los anteriormente analizados bastan para darnos una vaga idea de la complicación infinita de la especie.

Ahora bien; ¿podemos decir, conociendo a muchos bohemios, lo que es la bohemia?

Creo que no.

La bohemia es todo y no es nada. — Y cuando el susceptible Rubén Darío se enfada porque un amigo le llama bohemio, tiene razón... Y cuando René de La Viloye se siente orgulloso al verse clasificado entre los bohemios, tiene también razón... Al fin y al cabo, esto, como todo, no es más que una cues-

tión de puntos de vista. — (Pero las definiciones no se hacen así.)

*
* *

MARTES. — Un día, en su casita de Auteuil, Jean Lorrain me presentó á una mujer cuya belleza extraordinaria atrajo desde luego mi atención.

— Liana — me dijo.

Al lado de ella, un hombre de pequeña estatura y de porte vulgar, hablaba de la piedad y del amor con palabras irónicas y ademanes autoritarios.

— Ese caballero — murmuró á mi oído Ernest Lajeunesse que acababa de sentarse junto á mí — ese caballero es Lucien Descaves.

— ¿Y ella? — pregunté.

— Ella es Liana de Pougy, la célebre Liana, ¿no la conoce usted?...

Yo no la conocía, en efecto, ó, más bien dicho, sólo conocía vagamente su nombre, como el de todas las grandes horizontales de París. Sabía que algunos de sus amantes se habían matado por ella y que otros habían tratado de matarla. Sabía que el perfume de su seno había enloquecido á muchos hombres y que la visión de su cuerpo desnudo flotaba en las noches de los colegios como una sombra luminosa del Pecado. Sabía, en fin, que en el lago de Citeres su galera de velas de púrpura vogaba más noble y caprichosamente que ninguna de las otras galeras.

Lo que no supe sino más tarde, fué que esa mujer tenía un alma.

¡El alma de la cortesana!

Los moralistas de profesión no creen en ella, y los legisladores tratan de reglamentarla como han reglamentado ya el alma del funcionario. « Es un alma falsa », dicen los escépticos.

En realidad es una alma como todas las almas, incomprendible y multiforme, buena y mala, generosa y egoísta, alegre y lamentable, cobarde y heroica; una pobre alma humana que sufre, que desea, que espera, que cree y que anhela... Es el alma de todo el mundo, diversa y ondulante...

Pero tiene una cualidad especial y es la de ser un alma libre é instintiva y también, con mucha frecuencia, un alma de sacrificio.

Es un alma que vive del amor y para el amor.

En el Extremo Oriente la cortesana se llama « mártir de la sonrisa »; y lo que hoy se conoce con el nombre de « horizontal », fué conocido hace algunos siglos en Francia, con el dictado, más poético y más atrayente, de « loca de su cuerpo ».

Algunos hablan de la cortesana antigua con admiración nostálgica, y dicen: « En otro tiempo, efectivamente, las acariciadoras de profesión fueron adorables de gracia y de ingenio. En sus salones encontraban los artistas un refugio tibio y perfumado para escapar á la hipocresía de la vida social. Sus lechos eran hospitalarios para los poetas sensitivos. Sus pupilas inspiraban madrigales, y sus manos servían, á veces, para vendar las más crueles heridas de los héroes sin fortuna. Lais y Taïs, Imperia, Marión y Ninón, todas las grandes prostitutas de las épocas pasadas, en fin, fueron musas caritativas que endulzaron las miserias vulgares de sus

contemporáneos y que murieron pobres... Mas no nos habléis de la cortesana moderna, de la loreta, de la cocota, de la vorágine que considera sus encantos como una colección de piedras preciosas y que tiene puesta una tienda de besos á precio fijo... No nos habléis de esas beldades fatales que saben contar, que saben calcular, que carecen de fantasía y de locura, que son comerciantes ó banqueros, y que juegan á la elegancia en la Bolsa de la Lujuria... La última « mártir de la sonrisa » murió, con los héroes de la alegre iliada de Murger: « muerta Mimi, muerto el amor ligero ».

Y los que así hablan tienen razón. Hoy la cortesana calcula. Pero ¿quién no calcula hoy en el mundo? En nuestro siglo todo es un comercio, hasta la poesía, hasta el odio, hasta el amor. Las horizontales por vocación, son, en nuestros días, muy raras, casi tan raras como los verdaderos poetas y los patriotas desinteresados. Para mil Heredias, no hay sino un Verlaine; para mil Weylers, hay un Deroulède; para mil Oteros hay una Liane.

Porque Liane de Pougy es una cortesana antigua que nació, por casualidad, en nuestra época utilitaria y egoísta, como Edgardo Poe, el poeta de los ensueños sobrenaturales, nació en la metrópoli de la salchicheria cosmopolita.

Siendo comercialmente mucho más apreciada que todas sus rivales, Liane vive en plena bohemia. Mientras la bella Otero, y Emilienne d'Alençon, y Matilde Castera y otras alquilan, en el Banco de Francia, cajas de hierro para guardar los diamantes ganados con el sudor de sus cuerpos, Liane se ve, á veces, en apuros para pagar los alquileres de su hotel.

¿Cuántas veces le han embargado sus carruajes? Cien. ¿Cuántas veces ha tenido que vender sus muebles? Mil. Y sin embargo es la única dichosa, porque es la que siente con alma de artista y corazón de enamorada.

Hace poco más de un año los periódicos hablaron de su suicidio, y París, que en el fondo es la ciudad que con más intensidad siente los dramas pasionales, experimentó una emoción tan sincera como profunda al saber que la gran hetaira hallábase en peligro de muerte. Más tarde muchos aseguraron que todo había sido una farsa hecha con objeto de asegurarse *la réclame* gratuita durante algunos días. Pero no había sido una farsa, no; y los amigos que la encontraron, medio desnuda, agonizando en un modesto hotel de las inmediaciones de París, recuerdan aún, con piadoso espanto, los ojos ya inmóviles de la amorosa desengañada que sólo pedían, en un supremo éxtasis, el permiso de morir.

Ultimamente los cronistas del boulevard nos han anunciado, no sin alguna ironía, que Liana piensa entrar en un convento para consolarse de manera definitiva de todas sus desesperanzas y de todas sus tristezas pasadas.

Antes de que las tijeras conventuales hagan caer en el cesto que obliga pensar en el de la guillotina esos cabellos luminosos como la luz de las primaveras boreales, quiero consagrarles un recuerdo... Quiero consagrar un recuerdo á esos grandes ojos que parecen inmensas violetas pálidas, esos ojos claros, casi liliales, en los que se han ahogado las almas de tantos poetas... Quiero consagrar un recuerdo á esos labios que sonreían con bondad, con

ingenio y con amor... Quiero, en fin, besar devotamente, con la imaginación, ese cuerpo de belleza sagrada, cuyas líneas impecables no volverán á presentarse ante nosotros sino envueltas en el velo del recuerdo...

*
* *

DOMINGO. — Hablemos de los poetas malditos.
Eran seis...

Uno de ellos, el más triste y el más grande de todos, nos contó su propia leyenda y las leyendas de sus cinco compañeros, en un libro muy amargo y muy sencillo.

De los seis, sólo uno vive aún, aislado y pobre. Los demás han muerto en el espacio de algunos lustros, todos en la miseria y algunos en el olvido, que es peor que la miseria. El superviviente se llama Stephane Mallarmé; los otros fueron Paul Verlaine, Villiers de L'Isle Adam, Tristán Corbière, Arture Rimbaud y Jules Laforgue.

¡Jules Laforgue! Estoy seguro de que entre mis lectores no hay uno solo que conozca sus obras, — sus pobres obras ignoradas y admirables, que son tristes como una agonía, crueles como una mueca de dolor y sencillas como una lágrima... En Francia misma, los que leen aún sus *Moralidades Legendarias*, sus *Complaintes*, y su *Imitación de Nuestra Señora la Luna*, son pocos... tal vez diez. Pero esos pocos, esos diez no le estiman, ni le admiran, sino que le adoran como á uno de los profetas visionarios

de la gran religión del sufrimiento humano... Y, á veces, cuando están solos y cuando están tristes, esos diez, en vez de repetir las antifonas monótonas que aprendieron en su infancia para aplacar las cóleras de Dios, se dicen á sí mismos, como una oración de consuelo resignado, los salmos irónicos de la *Complainte du pobre jeune homme* :

Quand ce jeune homme rentra chez lui,
Il prit à deux mains son vieux crâne
Que de science était un puit.
Crâne, dit-il, vieux crâne,
Entends-tu la folie qui plane
Et qui demande le cordon...
Farindondaine, Farindondon...

Villiers de l'Isle Adam, de cuyo genio ya hoy nadie duda en el mundo, fué pobre también, muy pobre, y también fué desgraciado; pero como vivió siempre en lo que el pueblo llama las nubes, embriagado por el opio intangible de los ensueños, pudo atravesar la ruta de su existencia sin percibir la obscura tristeza del mundo exterior. Á los que hablan de él con lástima, el autor del *Lirio Rojo* les dice: « No le tengáis piedad; tenedle más bien envidia. La miseria no existió para él, y lo que vosotros creéis que fué una bohardilla obscura y pobre, era el más bello de los palacios. » Su imaginación, en realidad, lo embellecía todo, haciendo mantos reales de los andrajos.

Una noche Verlaine le encontró en una esquina recitando, ante una ventana cerrada, sus poemas.

— Acompáñame — le dijo.

Villiers le siguió, en silencio durante algunos ins

tantes, y luego, con animación febril, volviéndose hacia su compañero :

— ¿ Qué tal te pareció ? — preguntóle.

— ¿ Qué ? ¿ Quién ?

— La princesa...

— ¿ Qué princesa ?

— La que estaba en la ventana, escuchando mis versos.

Cuando se entristecía era para expresar en estrofas orgullosas, sus nostalgias de rey desterrado.

Lourd d'une tristesse royale,
Mon front songe aux soleils enfuis...
Oh ! cache-moi dans ton sein pâle !
Ce sera le calme des nuits !

Hijo de marino y nieto de marinos, Tristán Corbière fué marino de raza. Sus más admirables poemas son los que cantan la inmensidad misteriosa y formidable del océano, las melancolias rudas de los marinos y la serenidad enorme y delicada de las tardes de á bordo. No es un poeta agradable. Es un poeta que domina ó que repugna : es brusco, es sarcástico, es duro y sonriente á la vez, — con durezas de piloto y sonrisas de enfermo ; es cruel, friamente, premeditadamente cruel, y al mismo tiempo es inflado. Sus poemas principian como una oda de Victor Hugo, y de pronto se convierten en una bufonada brutal :

...La grande marée
Avec un grondement lointain s'est retirée.
Le flot va revenir se roulant dans son bruit ;
Entendez-vous gratter les crabes de la nuit ?

Ningún sentimiento, ningún deseo, ninguna voluptuosidad, ninguna virtud, ni la belleza, ni el Amor mismo, encuentran piedad ante la rudeza macabra de su estrofa:

...En haut l'amour
Fait sa sieste, en tétant la viande d'un bras lourd,
Où le baiser éteint laisse sa plaque rouge.

En la parodia es épico y sangriento.

Yo le admiro; pero no le leo. Me inspira miedo, y sus versos, en mi memoria, se convierten á veces en recuerdo obsesionante y fantasmagórico.

Tristán Corbière murió tísico.

Arturo Rimbaud está considerado como un loco. Tal vez lo fué — un loco genial en todo caso.

Á los veinte años compuso algunos poemas; y cansado de no venderlos, huyó de París y corrió á buscar fortuna en África, en el imperio de Menelico, rey de los reyes de Abisinia.

El ras Makonnen le nombró su poeta real y le colmó de honores y de riquezas. Al cabo de diez años de destierro, cuando su escarcela estuvo llena de diamantes, volvió á Francia con objeto de seguir trabajando.

Murió al desembarcar en Marsella; murió rico sin haber gozado de su oro.

¡Suprema ironía!

Verlaine murió tranquilo, en su casa, rodeado de amigos que le estimaban y de discípulos que le adoraban — murió ya viejo, prematuramente viejo, en los brazos de una musa compasiva, que quiso endulzar con sus caricias los últimos instantes del poeta enfermo: la hora de la agonía fué su hora de dicha.

¡Pobre Verlaine! El más grande, el más noble, el más sincero, el más sencillo de los artistas de nuestra época, y sin embargo el más desgraciado!

¿Sin embargo?... tal vez por lo mismo.

Je suis venu calme orphelin
Riche de mes seuls yeux tranquilles
Vers les hommes des grandes villes
Ils ne m'ont pas trouvé malin!

No; los hombres de las grandes ciudades no le encontraron *malin* á pesar de los *Poemas Saturnianos*, á pesar de la *Buena Canción*, á pesar de *Sagesse*, á pesar de *Amor*, á pesar de las *Fiestas Galantes*.

Fué un poeta maldito, cuyo destino

...fut tracé ligne à ligne
Par la logique d'une influence maligne.

¡Pobre gran poeta!

...Pero ¿por qué hoy que es en París un día de fiesta, hoy que monsieur *le président* vuelve de Rusia, se me ocurre recordar los nombres de los poetas sin fortuna en vez de hablar de alianzas, deconciertos europeos y de discursos oficiales?

Porque esta tarde, al volver á casa, vi pasar por una calle cualquiera á Mallarmé, único superviviente de los seis compañeros de antaño.

Iba solo, y tal vez iba contento; pero á mí se me figuró que caminaba hacia el hospital...

Y sin saber por qué, inconscientemente, le tuve lástima y pensé que el más desgraciado, el único desgraciado era él...

*
* *

MARTES. — Los que dicen que el escritor goza hoy de más libertad que hace cien años, no saben lo que dicen.

Es posible, en efecto, que las leyes de nuestra época sean menos severas que las antiguas, para quien, como Rochefort y Nakens, hablan con poco respeto de las instituciones y de los monarcas. Pero la tiranía de las leyes, es la menos terrible de las tiranías.

El despotismo odioso y espantoso, es el que ejerce el público mismo con su hipocresía flotante y con su timidez indeterminada, al ruborizarse ante la inmoralidad ó ante la violencia de las obras puramente artísticas.

A los pintores y á los escultores se les permite la representación de la desnudez, siempre que quieran ajustarse al cuadro convencional é inmóvil de la tradición del Renacimiento. La misma mujer desnuda, parece casta cuando está de pie al borde de un riachuelo, y parece inmoral cuando está recostada en un sofá de nuestra época. Por eso los pintores abusan de los riachuelos.

La literatura moderna, que no dispone ni de apacibles llanuras ni de márgenes de arroyos, y que, cuando desnuda á una mujer es generalmente para no dejarla inmóvil, tiene que andar con pies de plomo al dirigirse hacia la puerta de una alcoba.

Que el literato que no haya sido nunca tildado de

inmoral, levante la cabeza. Y no me refiero á los que, como Picón, como Bonafoux, como Fray Cándil, se burlan de la opinión de sus semejantes, sino á los tímidos, á los conservadores, á los Valera, á los Pardo Bazán, á los Campoamor, á los Núñez de Arce, á los Echegaray, á los Alas, á todos los hombres consagrados, en fin. Á doña Emilia le censuran el parto de la *Tribuna*, á don Juan la ligereza de sus últimos personajes, á don Ramón las humoradas de algunas de sus santas, á Echegaray la célebre « Maison Tellier » de *Mar sin orillas* y á don Gaspar varias visiones de su divino Raymundo Lulio y de otros de sus poemas. En las mismas novelas de Pereda encontraría el público fragmentos relativamente escabrosos, si tuviese la paciencia de leerlas.

Así, pues, en España todos los hombres de talento son inmorales de un modo más ó menos tímido — casi siempre menos.

En Francia también, aunque de otra manera: de una manera más artística, más valiente, más completa.

Y no se crea que el público francés es menos tiránico que el público español. Es idéntico. Todo lo que se sale de la « gaieté gauloise » se le figura pecaminoso, y las escenas atrevidas sólo le parecen aceptables, ó perdonables, en las obras clásicas. Á los cuentistas del siglo xviii, se les permiten todas las desnudeces imaginables; mas ¡ay del novelador contemporáneo que se atreva á levantar las sábanas de un lecho de nuestra época!

Empero todos las han levantado y por eso los burgueses de París no hablan ya de la inmoralidad de tales ó cuales literatos, sino de « la indecencia de la literatura completa de estos tiempos ».

Lo más curioso es que ese público que tanto grita contra la inmoralidad, es incapaz de leer una novela en la cual no haya, por lo menos, una intriga amorosa. Los señores burgueses quieren historias que sean al mismo tiempo eróticas y castas, apasionadas y austeras, verosímiles y honestas. Para indicar ciertos actos, el novelador tiene necesidad de dar mil rodeos, de diluir, de indicar apenas, y aun así rara vez escapa á las censuras de sus lectores. Al hablar de las relaciones sensuales, el literato tiene siempre que renunciar á la sinceridad.

En Inglaterra hay ciertas reglas establecidas é invariables contra las cuales los noveladores no pueden rebelarse. Se trata, por ejemplo, de un chico y de una chica que viven juntos y que se quieren mucho. El cuentista dice: « En el transporte de su amistad afectuosa, los dos novios se dieron un beso. » Y para aclarar atrevidamente, principia así el capítulo que sigue: « Nueve meses después ella era madre. »

Los latinos no podrían emplear esa estratagema protestante sin ponerse en ridículo.

...¿ Qué es lo que el público llama inmoralidad? ¿ La descripción de un acto vicioso ó criminal? No, puesto que todo el mundo tiene derecho á describir asesinatos, robos y borracheras. ¿ El relato de las acciones contrarias á la naturaleza? Tampoco. La inmoralidad reside sencillamente en la pintura de uno de los actos más naturales, del más natural quizás, de ese acto que muchos millones de seres humanos ejecutan en este mismo instante y que yo, sin embargo, no me atrevo á designar sino con la frase consagrada de « comunión de los sexos ». Dos personas se sientan ante una mesa y el novelista puede

decir: « comieron »; dos enemigos se encuentran en una esquina, y el novelista puede decir: « se acuchillaron »; dos obreros entran en una taberna, y el novelista puede decir: « se emborracharon »; pero dos enamorados se acuestan juntos en la misma cama, y el novelista no puede decir lo que hicieron... ¿ Por qué? Porque es inmoral. Pero y ¿ por qué razón es inmoral? Sin razón ninguna, porque sí...

Si fuésemos á razonar, veríamos, al contrario, que lo inmoral es que dos enamorados se acuesten juntos para estar quietos. Mas en esto no caben razonamientos. Es inmoral, y se acabó.

...Tan inmoral es, en efecto, que aun los autores antiguos, los Longo, los Rojas, los Brantome, se guardaron siempre de describir el acto mismo, contentándose con sugerirlo ó con indicar su principio sin analizar sus varias fases. Y es lástima, porque nada sería tan interesante, tan vivo, tan apasionante, como la confesión sincera y sutil de un ser humano en esos breves minutos que van del deseo al espasmo.

Jóvenes novelistas, hermanos míos, sed atrevidos y dadnos una descripción completa de los misterios de la carne. Para hacer una rápida obra maestra, no tenéis necesidad sino de describir con sinceridad lo que habéis sentido tantas veces, con tanta intensidad y, sobre todo, con tanta sencillez.

Porque para ser completamente bella, esa obra tendrá que ser completamente sencilla, no con la sencillez aconsejada por los maestros de retórica y que consiste en huir sistemáticamente de todos los elementos de luz y de color que la lengua ofrece, sino con una sencillez más sutil, más rara, más pro-

funda, con esa sencillez psíquica que no excluye ni la pasión, ni la locura, y que, siendo la ingenuidad misma, sabe vestirse de joyas raras.

« El arte puede expresarlo todo » — dicen los artistas.

Es cierto.

Rodin, el más genial escultor de nuestra época, ha representado en su « Puerta del Infierno » las mil fases de la pasión humana, y sus grandes bajorrelieves de bronce son el deseo, y la posesión, y el esparto; y son también la caricia que vive, que dura, que palpita...

Nada, en la literatura moderna, es tan intenso como esa síntesis divinamente carnal del maestro escultor. La literatura nos ha dado mil y mil croquis fragmentarios de la vida de los sentidos, pero nunca un cuadro que evoque la visión completa. « Por las cerraduras — dice Emilio Zola — se ven extremos de desnudeces y de blancuras de piel; nada más. »

... Nada más en efecto. Una antología compuesta de páginas de Zola, de Barbey, de Catulle Mendès, de Goncourt, de Silvestre, de Peladán, de Maupassant, de Maizeroi, de todos los grandes inmorales, en fin, sería tal vez el más admirable cinematógrafo para hacernos ver los gestos aislados de la Lujuria; mas no nos presentaría una sola escena completa del sacrificio á Venus.

Novelistas, hermanos míos, llenad ese vacío, y estad seguros de que al hacer lo que nadie ha hecho hasta hoy, no habréis sido ni morales ni inmorales, sino simplemente artistas...

*
* *

SÁBADO. — *Para Martínez Ruiz.* — Desde que usted publicó en este mismo periódico su primera entrevista literaria, comprendí lo mucho que tal género de literatura, libre, ligero, irónico y eminentemente moderno, había de disgustar en España.

Nuestros escritores son todos *homos duplex* en el peor sentido de la palabra. Tienen una opinión en el café y otra opinión en la crónica; hablan pestes de los novelistas á quienes elogiaron la víspera y llaman ignorantes en la intimidad á los filósofos á quienes más tarde calificarán de sabios en público.

El caballero á quien usted se refiere en su último artículo del *Madrid Cómico* y que, después de elogiarme en su periódico, me despelleja en el seno de sus amigos, no es un caso singular, sino la encarnación de las letras modernas. En Madrid el literato falso se llama Legión. Cada vez que usted repita en sus retratos contemporáneos lo que nuestros maestros han dicho en sus salones ó en sus tabernas, tendrá usted un disgusto.

Pero ¿qué de extraño tiene eso cuando en París mismo, en donde los *hommes de lettres* son por lo general más cultos y más sinceros que entre nosotros, resulta difícilísimo hacer retratos íntimos, sin exponerse á desagradar á las personas á quienes más se respeta y mejor se quiere?

Como usted mismo lo ha dicho, yo soy un benévolo de profesión, porque sólo me ocupo de los que

merecen admiración ó aprecio, y porque no cito nunca los nombres que, cual el de Kasabal, tienen que ir precedidos de un adjetivo desagradable. Voy para Sánchez Pérez y hasta hace poco tiempo no había *interviewado* sino á los escritores franceses. Pues bien: mis *Intimidudes Parisiennes* me han puesto mal con mucha gente, con muchísima gente, querido amigo. Max Nordau me escribió una carta, que usted conoce, diciéndome que no me había hablado nunca de la obscuridad de Salmerón, y Bartholdi aseguró por escrito que yo era un necio porque había dicho que su estatua de Rap era enorme. Los demás se quejaron de mil detalles: Sarcy, de mis indiscreciones sobre el casamiento de su hija; Jules Bois, de mi ligereza al repetir algunas de sus frases sacerdotales; Armand Silvestre, de las últimas diez líneas de mi artículo, en las cuales, según él cree, aseguro que su talento *se marchó* con su linda cabellera de antaño; Coppée, de mis indiscreciones en general.

Todos mis retratados, en fin, me saludan menos cariñosamente que en otro tiempo.

— ¿No le parece á usted muy extraña toda esta susceptibilidad? — Ocurrióseme preguntar á Brisson que es uno de los periodistas más acostumbrados á *interviewar* literatos ilustres.

— No — respondiome — no me parece extraña, porque estoy acostumbrado á ser su víctima. He visitado á casi todos los hombres que tienen alguna fama; sobre cada uno de ellos he escrito un artículo, en general elogioso; todo lo que ellos me han dicho lo he publicado, dándole una forma agradable... Y todos, sin embargo, todos, desde Daudet

hasta Félix Potin, han encontrado algo de qué quejarse, algo que les ha hecho creer que tenían derecho á hacer una reclamación, ó por lo menos, á decirme á mí mismo una broma cualquiera. Y lo más curioso es que los hombres que ven con indiferencia un ataque violento en un artículo crítico sobre uno de sus libros, no pueden tolerar el más inocente de los reparos en una *interview*. Todos se figuran que un periodista que va á visitarlos, debe admirarles incondicionalmente, y que no debe nunca hacerles una censura en el capítulo consagrado á relatar su visita. Naturalmente nadie es bastante simple para quejarse de las observaciones literarias; pero se vengan de nosotros, asegurando que hemos comprendido mal y repetido peor una cualquiera de sus frases. Yo conozco perfectamente la estenografía y en ocasiones me he servido de ella, queriendo evitar la menor reclamación; ¡ah! tampoco este medio me ha dado un resultado completo. Las frases contra las cuales más cartas rectificativas he recibido, son, tal vez, aquellas que, contra mi costumbre, he transcrito literalmente.

» El oficio de reporter, cuando quien lo ejerce es un verdadero literato que no quiere contentarse con un relato en estilo de notario, es el más difícil de los oficios. »

Ya creo haber contado en una de mis crónicas, lo que me pasó con Verlaine, que se enojó seriamente contra mí, porque aseguré que sus labios, al pronunciar cierta frase, parecían los de un hombre de sesenta años.

Uno de los reporters de *El Eco de París* me refería ha tiempo una aventura más típica aún. Un

hombre ilustre, Leconte de Lisle, según creo, le había recibido en su cuarto de trabajo, mal vestido, con gafas y gorro de dormir. Al comentar una frase suya cualquiera, el reporter decía: « Leconte de Lisle hablaba gravemente, acentuando cada sílaba con un movimiento de cabeza que imprimía á sus gafas una titilación rítmica. »

— Pues ¿lo creerá usted? (asegurábame mi amigo) el gran hombre no quiso estrecharme la mano cuando, tres días más tarde, nos encontramos en una sala de redacción. Estaba furioso, verdaderamente furioso: y ¿por qué, dirá usted? ¿por haber dicho que sus poemas no valían gran cosa? No; estaba furioso porque, según parece, lo que á mí se me figuró « unas gafas » era un monóculo. Y mi ilustre poeta no podía permitir que se confundiese su elegante lente de ciclope con un modesto par de anteojos. »

Esta anécdota me consuela de todas las reclamaciones análogas de que he sido víctima. Cada hombre ilustre tiene su monóculo. El monóculo de Max Nordau, es la frase « dificultad de hacerse comprender » que yo traduje por « obscuridad »; el de Bartholdi es más curioso aún, pues todo mi error consiste en haber dicho que su estatua del general Rapp era « enorme » cuando en realidad no es más que « bella ».

Hacer *interviews* literarias es más peligroso que mandar un regimiento en Cuba; ¡oh, mucho más!

Sin embargo, yo estoy decidido á seguir *interviewando*. Mis *Intimidades Madrileñas* han comenzado á publicarse en el *Madrid Cómico*. Luego vendrán

otras *intimidades*, más íntimas aún, en *Vida Literaria*.

Usted también debe continuar la serie de retratos que ha principiado en *La Campaña*, y que son, según mi parecer, comparables á las sutiles y crueles crónicas en que mi querido Lajeunesse nos habló de las noches, de los aburrimientos y de las almas de nuestros más notorios contemporáneos.

* * *

LUNES. — La canción erótica y sentimental está en auge. Los poetas triunfan. Delorme triunfa en « La Roulotte », Privas en « Las Artes », Delmet en « El Carrillón », Hispa en « Tabarin » y Montoya en « Cuatro Artes. »

...Montoya, sobre todo. — Anoche fui á verle y la hora qué pasé en su teatro, escuchando sus canciones, me proporcionó un placer infinito y me hizo recordar nostálgicamente aquellas nuestras veladas de *La Plume* en las cuales él comenzó á hacerse conocer y yo á conocer á los demás.

¡La Pluma!... ¡Los sábados del Sol de oro... ¡Las borracheras de Verlaine!... ¡Los primeros poemas de Moréas!... ¡Los discursos de Rebell y de Pierre Louÿs!... ¡Cuán lejano me parece hoy todo eso, y con cuánta ternura lo recuerdo! En ese medio ambiente, yo me sentía en familia. Allí fué donde Bonafoux conoció á Emilio Zola, una noche en que celebrábamos la publicación de un libro de Duplessys. De allí salimos juntos Juan Moréas, Rubén Darío y